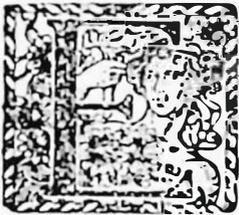


Edmundo de la Parra E.

Elementos del Humor Chileno



El viaje más grato e interesante que puede ocurrírsele a un buscador de lo humorístico, es el internarse en el corazón del folklore por intermedio de los cuentos, supersticiones y consejas infantiles, y oír el run-run de las viejas o del padre con esos interminables: esteras o esterones échale por los rincones, esteras y esterillas échale por las orillas, pan y harina para las niñas finas, pan y afrecho para doña Jecho, con muchas discusiones para los orejones, y sin muchas apreturas para andarse sin una, y si no le gusta el lado entonces queda a lo que aludo, como mi amigo el gallo pelado, usted en la esquina y yo en este lado... y así hasta el infinito con los decires y las muestras más sonoras y coloristas hasta donde dé la imaginación del comentador. Dichos y cosas, versos populares, frases ripiosas, jerigonzas y multitud de consejos y asuntos divertidos componen la materia grácil y aérea constituyente de ese mundo nunca terminado del cuento infantil; y dan ganas de estar en la puerta del recuerdo oyendo en la noche invernal a la cocinera que entre chupetadas al mate, suelta a graves intervalos los dragones fabulosos de las historietas y del príncipe con la espada vencedora y de la varilla mágica del hada. Afuera el rumor del agua que cloquea en el patio, donde los zuecos suenan como plata antigua, golpeada, y en el brasero mueren los carbones encanecidos por una juventud roja y pasajera. Entonces la superstición y el misterio cobran

negras alas y se cierne la imaginación en el horror. Se desean días luminosos y la alegría de personajes no tan tremebundos, como las brujas infinitamente malas que preparan esos enjuagues y zahumerios con olor de hierbas que traen el mal de amores ni tampoco los cueros de la brujería popular que devoran desprevenidos bañistas, ni gigantes que azotan y devoran niños, etc., sino que se tiene presente la sonrisa picaresca de los soldadillos que «dan a rodar tierras con la bendición de sus padres», de Pulgarcito, de gatos con botas de siete leguas, portando la famosa carabina de Ambrosio. Siempre los protagonistas que llevan el conmovedor optimismo triunfante, y así tenemos personajes de cuento cuya patria viene a considerarse todo el Universo. El Pedro Urdemales con toda su tradición cervantesca ha caído con sus patrañas y sus infatigables burlas por estas tierras. Hombre de todo humor no deja de demostrar su prosapia quevedesca y se ha nacionalizado en el país con una serie de aventuras que corren de boca en boca, libro más útil y de más fácil lectura que los otros en que se basa la técnica de letras negras sobre fondo blanco.

Interviene también en la confección de estas creaciones, fuera de la estampa tal vez pícara, donjuanesca del Pedro Urdemales y de innumerables satélites parecidos a él, lo no menos numérica, generosa y consciente «menagerie» o conjunto de animales, pájaros y otros menudos representantes del reino animal que no confiesan tener las mismas ideas, costumbres y pretensiones que los hombres, y alternan apasionadamente en variadas aventuras.

Podemos hablar aquí del famoso sapito Colocoy, cuya ascendencia se puede remontar a algunos cuentos araucanos y cuya idiosincrasia personal consiste en gritar: «Sapito Colocoy aquí estoy», y no se ve en ninguna parte. Perdices, zorzales y chincoles también forman parte de estas sociedades, y no deben dejarse sin comentario aquellas que forman el sector negativo del mundo y que ayudan y proceden de manera deshonrosa.

Se refieren estos a las culebras, sabandijas, lechuzas, escorpiones que sirven de ayuda a brujas, a gigantes y a padrastros sin corazón y sin sentimiento.

Es necesario hacer notar el carácter que le da el pueblo a cierta clase de animales en donde los reviste de bondades o de malas artes a igual que en la vida. Fuera de ranas encantadas y de peces que andan más rápidos que aviones, debemos citar a un pájaro que por sus innumerables actuaciones ha rebalsado el plano infantil. Es este nada menos que el loro, don loro que a igual que reyes, hadas y variedad de otros etéreos personajes ha asentado sus reales en la imaginación de los cuenteros. El loro o choroy chileno es un pájaro que más de hablador es chirriador, siendo en su hablar más medido que los demás loros de otros países. Aprende el lenguaje después de mucho tiempo, no dejando por eso de tener una bastante difusión su fama.

Lo cierto es que el loro en este país tiene carta de ciudadanía para intervenir en los más graciosos cuentos. Así lo vemos en un alambre eléctrico diciendo ¡chitas que estoy nervioso! cuando viene un golpe de corriente. Al ser sorprendido por un campesino y al hacerle éste la puntería para matarle, le habla desde arriba como humano, viéndose en la obligación el labriego de contestarle: «perdone señor, creí que era pájaro». Al caerse de un balcón sobre un gato que tomaba leche moverá sus ralas plumas y murmurará al ver que se ríe de él ¡acaso es pa'la risa desgraciado? Hasta tendremos ejemplos como el del insigne humorista Angel Pino que en uno de sus artículos comentaba la peregrina historia de un falaz e ingrato loro que había vivido mucho tiempo con su patrón y hasta le había enseñado el padre nuestro. Pero el loro se ausentó un día y partió a las cordilleras donde estaban los de su estirpe. No olvidó en cambio allá en su «tierra», los favores dispensados por su amo, y cualquier día en una mañana vuelve acompañado de millones de loros, a despertar al hacendado con el rezongo de estas infinitas «almas» convertidas

por su esfuerzo a la religión, y que tan devotamente elevaban sus preces en agradecimiento al patrón y señor.

Además del loro tan exaltado por estos cuentecillos hay que mencionar por último los leones, perros sabios e inteligentes como el Cuatro Remos, burros complacientes y tranquilos, vacas, cabras etc., que viven en la imaginación y en la realidad de los relatos.

Existe también y dejando atrás estas zonas puramente infantiles, creaciones de personajes imaginarios en que el pueblo con ese sentido que tiene de disculpar o de dar la responsabilidad a otros nos crea seres como Juan Segura el hombre que vivió tantos años, de origen español. El tal Moya a quien se le imputa cuánta circunstancia se presenta y así se dirá: lo paga Moya, lo dijo Moya etc.. También el farsante Pacheco que hace las cosas imposibles y hay que decir «bájate Pacheco». Aquel Tirifilo que nos denuncia un ser apabullado y contrito, y a Pancho le dan todas las cualidades y defectos que pueden recibir los hombres, y éste será más feo que Pancho o más guatón que Pancho. Y para terminar con este grupo de hombres habría que mencionar al cosmopolita Pero Grullo cuyas verdades son tan comentadas; y al no menos Perico de los Palotes de tan difundida popularidad. Estas creaciones procedentes muchas de España y arraigadas a estos suelos americanos han seguido el ritmo del país y han crecido como naturales confundándose entonces con las nacidas en la propia tierra.

Pero el que verdaderamente puede rivalizar con todos los personajes inventados y adaptados es el no menos famoso y socorrido don Otto, familiares y su amigo Federico. Creación tan suspicaz de la mentalidad de un pueblo, de la reacción psicológica de un país frente a una modalidad diferente a la de él. Porque el pueblo ante la actitud pasiva gorda y colorada del alemán «el espíritu sudamericano» valga rectificar latino, lleno de aristas, de esquividad, de liviandad y astucia no puede accionar de otra manera ante el carácter reposado, lento, ingenuo del

alemán que procede en sus creaciones (tan valederas como cualquiera otra) en forma que no está de acuerdo con el dinamismo de carácter del accionar chileno, que ante lo insignificante que es el chiste, éste actúa de tal manera que le produce un efecto diverso. Don Otto procederá consciente que lo que hace no tiene nada de extraño. Lo absurdo y lo cómico vendrá de la creencia que lo ha hecho buenamente, con su inocencia se equivocará. Así, si lo engaña su mujer no tomará medida contra ella sino que irá directamente a quitar v. gr. el sofá, lugar donde efectuaban tal engaño. Todas las tonterías imaginables le ocurren a don Otto, desde el confundirse con el mismo, de creer todas las falsedades que le cuentan, como aquella graciosa aventura del lorito que quería tener y que el almacenero al ser requerido para que se lo regalara le mintió y le ofreció que cuando tuviera hijos le regalaría uno. Pasó el tiempo y don Otto fué a pedir el pretendido regalo. Para cumplir con el ofrecimiento el almacenero apeló a una lechuza que tenía en el desván y se la regaló. El deseo de don Otto era precisamente el de enseñarle a hablar y se dió a la tarea, infructuosamente con los correspondientes malos resultados. El almacenero le preguntará después de muchos días si ha aprendido a hablar el lorito que le dió. Y éste con su natural manera le contesta: todavía no, pero se fija mucho.

De esta manera tan banal transcurren casi todos los cuentos sobre tan popularísimo personaje. Que en realidad no demuestra sino el sentido especial que tienen en conjunto los pueblos sudamericanos para hacer la crítica o la burla del elemento extranjero, del gringo, turco, italiano, español que viene a trabajar «a hacer su América». Es la contestación de estos pueblos para encarar tales circunstancias: se hace risa de su modo de hablar en forma tan lacerante y tan terrible, pero que en realidad no es venenosa, siendo una herida honda pero curable, realizándose con el fin de que luego se integre al país como ciudadano y aprenda las costumbres. El desprestigio que puede tener la creación de este personaje en la actualidad, se debe a que

exactamente no reproduce en sí el alma o el chiste del pueblo, sino una actitud a un determinado problema. Ha degenerado el cuento de don Otto en una trapisonda tal vez grotesca: en el cuento colorado o pornográfico. Muestra según un avezado sociólogo de ese afán que padecen los pueblos adolescentes por demostrar las situaciones íntimas en «chunga», en broma y con las más incisivas ocurrencias. Lo que precisa dejar en claro es que se puede conseguir el conocimiento de la psicología de un país por la manera de hacer cierta clase de bromas, chistes u otros casos con solo el vislumbre que se puede tener de tales actos.

Así el proceder yanqui se nos aparecerá con aquella graciosa actitud del capitalista que le daba un millón de pesos a la iglesia católica para que en vez del correspondiente amén al final de todos los rezos pusiera el nombre de la fábrica o del producto que él quería vender. Así el inglés puritano nos dará a conocer su «fair-play», encastillado en su artificiosa y elocuente manera de actuar. El francés todo «sprit» nos denuncia su capacidad bonachona y alegre de la vida con sus «calambour», sus bromas de doble sentido y ese espectáculo que es su equilibrio de vida. Los rusos nos entregan su humor entre lágrimas, oyéndose en las palabras de estallante canción de los vientos de la estepa.

Es así que Sud-América es diversa en la creación de sus personajes de fantasía, diversidad que también se prolonga en el idioma. Vemos hasta en los nombres que se les da a las cosas, que por la razón de creación o fuerza natural del lenguaje muchas palabras difieren y se usan otras. Así tenemos que en Chile se acostumbra decir almacén cuando en otros países lo usual será llamarlo pulpería, bodega etc., o bencina aquí y no se entenderá en Perú, porque allá se acostumbra llamar gasolina. Interesante resultaría este estudio porque se descubriría ciertos aspectos del alma de los pueblos en estos usos y desusos de estas palabras corrientes que siendo de un único idioma hayan dado sin ser dialectos, un distinto significado a las palabras.

* * *

Participando de estos conceptos y llegando a la materia prima de estos elementos folklóricos del país, debemos hacer un intuitivo conocimiento del humor del huaso y del roto basado en ciertas actitudes de vida que se podrían analizar con cuidado. Pero antes hay que hacer la objeción en ese sentir innato que tienen estos elementos (roto y huaso) y que es aquella cualidad de distinguir fácilmente entre lo feo, lo que no gusta con aquella sensación de lo agradable, lo bueno, lo que entra en el gusto. Los personajes creados por el pueblo nos dan la pauta para poder apreciar el grado de alta o baja imaginación que tiene, y el personaje creado en el país debe tener entonces una gracia solamente regional y no puede surtir efecto simpático en otros países. Así también lo que en un país puede ser motivo de risa hará un efecto contrario en otro. Esta misma fuerza de buscar la risa, la broma y lo entretenido es un factor tan grande en nuestro país que si todas las creaciones fueran impulsadas hacia lo cómico: poesía, novela, teatro, etc. no bastaría para calmar ese ímpetu hacia lo grato que se tiene y esto se debe seguramente a ese hondo sentido filosófico que es río interno que contiene las modalidades de los habitantes, siendo un espectáculo y un drama éste forjarse un camino de huída de lo trágico para refugiarse en lo cómico y caer precisamente más tarde por ese fatal círculo de los hechos, en lo triste, o sea lo contrario.

Son innumerables las palabras que tiene el pueblo para precisar su descontento o contento acerca de esta materia o mito que es lo «gracioso a toda costa». Gente de mediana cultura no podrá asistir a una representación de teatro sin que en su valoración quepa el calificativo de «me gustó», porque lo entretenido equivalía a un espectáculo cómico. La gente del pueblo dispondrá de muchas palabras para demostrar su regocijo o desagrado acerca de lo que ve y constata: encachado, todo parriba, maca-

nudo, picho caluga y sus correspondientes contrarios, fósil, fome, tuerto, latigudo, cargante, pesado, cachos pabajo, anti-pático, etc.

Estas cualidades sobresalientes e importantes que pueden llamar la atención a un viajero experto son completadas con los materiales que destila el humor del pueblo y sería aquellos de la copucha, pitanza, pelambre y pega, que vienen a ser algo así como pilares en donde se basa en el vivir cotidiano, la conversación y el modo de ser de las personas. Característica es ésta en que amigos y compadres en el tono suave de broma se achacan ciertas cosas inconvenientes. Es en esta zona en donde el tono humorístico tiene un vital contenido. Es en esa misma alegría que desparramaba aquel roto agenciero que con su cachaza y bondad acostumbrada hacía que el negocio se hundiera cada vez más debido a que accedía al precio de todos sus clientes. El individualismo español tuvo en nuestra América diferentes caminos. El sentido gregario se manifiesta en otra forma y fruto diverso en este aspecto del humor con estas cuatro cualidades antedichas.

La copucha, como bien lo decía un escritor de revistas teatrales, es un ente en donde se trata de significar no la bolsa o la víscera de los animales, sino que algo sorprendente inflado, estallante, aparatoso. Es la copucha un procedimiento que tiene su justificación en el sentido de hacer de pequeños y menudos acontecimientos la característica de grandioso. Es lo heroico fracasado, lo que no alcanza a ser motivo de importancia, pero por la propaganda y la alharaca que se teje alrededor viene a resultar una desilusión.

Es el caso del que se tira a salvar a alguien que parecía a ahogarse y está escandalosamente bajo el río. Sería la historia monótoma que quisiéramos hacer de un viaje en tranvía y que no alcanza a tener el acicate del interés. Si en la calle sucede un choque la gente irá, se agruparán y todo se tornará habladuría, comentarios y «aquí no ha sucedido nada». Pues si sucede algo

trágico, la copucha ya no es copucha, es la verdad, siendo entonces una especie de mentíra grata sin caer en lo ridículo, no alcanza a ser el suceso, es preparativo o comienzo, o pronóstico. Nada más pintoresco para precisar estos conceptos que trasladarnos a los artículos de Jotabeche en «Un amigo enfermo», en donde nos relata las peripecias de un señor a quien lo asaltan las vecinas en su cama de enfermo de un mal sencillo. Es tanto la algazara de las mujeres, el ir y venir, el dar consejos, el jesuseo tan divertido de estas comadres o doctoras improvisadas con sus decires como: ayer lo he visto bueno y sano, tan buen cristiano que era, etc. Comentarios van y vienen, que lo ponen en un desasosiego evidente que lo califican de delirio. Cierran puertas, hablan de chavalongos y mil enfermedades más, y las eternas comparaciones con las enfermedades de maridos y parientes. Termina esto cuando el doctor diagnostica que la enfermedad es contagiosa y todas huyen a desinfectarse concluyendo con la moraleja del gran defecto que tendría la poligamia si al marido se le ocurriese enfermar. Esta copucha o comentario la hace aparecer evidentemente como un elemento de origen femenino y contribuye a esa costumbre ya racial de litigar y dar curso a las cosas más insignificantes.

La pitanza es otro elemento en que el humor demuestra su desconcertante y fludo estilete. Un huaso que quiere hacer presa fácil de algún enemigo o desea al amigo engañarlo con alguna chanza, comenzará a mentirle en un tono en que se trasluce una persistente duda y se balancea la verdad o la broma. El aludido desertará y estará ignorante de lo que le están diciendo, si es la realidad o si lo que le hablan es vulgar mentira. Me estás pitando dirá, pero como tiene interés en el asunto se le crea un resquemor. Esta forma de humorismo la usan casi siempre los huasos, que sería para ellos un arma muy común en sus deliberaciones. Conserva siempre un matiz hasta cierto punto delicado, aunque sus ingredientes que la forman contengan esa hipócrita complacencia cuando lleva fines para herir a un con-

trincante. La copucha es más ciudadana, crece en donde lo poblado y lo monótono se hace habitual. Ella sirve para dar interés a cosas que no la tienen, mientras la pitanza esté en los ánimos que se reservan para saborear un fin que es divertido en forma y fondo. Se diferencia de la universal tomadura de pelo en que ésta tiene la agria y vinagrosa actitud de un temperamento despechado y que trata de buscar venganza para dar curso a su bilis y a negar lo ridículo. La intención de la pitanza chilena tiene fines más cómodos y no es saeta venenosa, cuando más un ofuscamiento y una demasiada interpretación a un juicio que no alcanza a ser lo bastante grave. La pitanza demuestra esa decidida cautela que caracteriza a los chilenos, ese no entregarse nunca a una materia que puede reportarle pérdidas. Cautela que sirve para no caer en lo grotesco, pero que no es útil para grandes empresas. Porque en el desequilibrio y la crisis se gestan las grandes actuaciones. Esta cautela no ata como parece sino que es un freno para lo desmedido y cuando no existe esta acechanza y se desea el triunfo, se echa a rodar todo y lo que se consigue tiene el doble valor de ser premeditado y realizado por la voluntad.

El pelambre «institución nacional» encuentra en todas las esferas sociales, tanto en el ambiente campero o citadino, decididos y abundantes cultores. Viene a ser el desahogo y la tranquilidad del espíritu, esta herramienta tan desprestigiada por todos, pero que aflora como natural producto cuando se juntan dos o más personas y en la ocasión que menos se piensa. Fluye de manera que toca a lo espontáneo y se ciñe a lo humorístico por esa superación o venganza de lo que no se puede decir al contrario frente a frente. Es una mala manera de ser en lo social. Pero la gracia consiste en que este pelambre que adquiere en boca del que habla una demoledora impresión, se torna en silencio apenas está presente el ofendido. Luego lo que sucede en el pelambre, es la manifestación de lo que se le quiere decir a la persona, y esa exageración que destila no es nada más que la calumnia por

la ausencia de éste. El pelambre es algo innato en todos los corrillos: se pela a la novia, a la amiga, a los amigos, a todo el mundo, y eso se debe tal vez a una reacción o defensa del individuo para defender sus prerrogativas ante los demás. Se recuerda el pasaje de los tres conocidos que habían pelado a medio mundo y ya no quedaban más que ellos sin pelar y siendo la hora de retirarse, nadie daba muestras de irse para no ser la materia pelable; y sucedían innumerables circunstancias para echar a uno, y así resolver el caso. El que se fué al fin era nada menos que ladrón y al padre lo tenía en la cárcel. Es en esta demasiada mentira el valor humorístico del pelambre y tal vez la forma que en Chile tenga una importancia única; porque el habitante de estas tierras para criticar o más claramente «descuerar», sus facultades de ingenio son inagotables. Hechos reales lo dan cualquier suceso. Por ejemplo si las sesiones de algún partido político están un poco flojas, y falta el ánimo necesario basta poner en tabla el asunto de la autocrítica, para que se desencadene en forma prodigiosa el interés y cundan las duras y acerbas opiniones. Si hasta en la canción o tonada «Entre mate y mate» las comadres, unas mosquitas muertas que no les interesa en nada la vida del pueblo, pueden darse por satisfechas porque saben que la fulanita tiene amores con éste y se manda cartas con otro, y esta otra persona tiene un hijo natural que lo oculta, etc., etc. Es claro que ellas lo dicen y comentan porque no saben nada de nada y no les gusta pelar... Así son estas situaciones en que el pelambre hecho de esa socarronería y mojigatería del pueblo se viste de ropajes divertidos para atenazar y satirizar, como en las antiguas fábulas, todo género de hechos. Deseo morboso de controlar y encontrar el lado flaco del mundo, y satisfacción plena por lograr la más aguda y divertida de las formas de la imaginación en ese terreno en donde se confunden la mezquindad humana con la divina gracia del hallazgo humorístico.

* * *

La pega es la broma a todo trance. Un deseo sutil y persistente por engañar a nuestros conocidos. Tiene su ambiente y clima en casi todos los países, pero en el nuestro aparece con un matiz que las diferencia de los demás por esa importancia desmedida que se le da. Se dirá por ejemplo a un amigo: ¿quieres sacarme esta espina del dedo? Y éste comedido se esforzará en extraérsela. Al propio tiempo se sentirá defraudado, al ver que del propio dedo sale un pelo tan largo que deja en descubierto el engaño.

¿Cuál es la razón básica para proceder así? Es motivo la pega de entretención y de burla, también amable en donde se agudiza y se adiestra la mente para descubrir formas en donde lo monótono de los días encuentra esta impensada sal de regocijo.

Las pegas en las palabras son también innumerables. Si alguien muy versado en una materia la discute acaloradamente y cree que a todos los ha convencido, salta espontáneamente alguien que le dice: no, no, eso no... como que no, contesta el ofendido. No le discuto, habla el de la pega.

Nace así estos engaños o bromas en climas de ocio y en donde la mayor alegría consiste no sólo en presentarla sino en esa actitud extremada de decir después: «te la pegué» como si se conquistara un trofeo o fuera un galardón donde se demuestra la inteligencia.

No podía quedar sin un comentario a lo que está relacionado con la inventiva humorística del roto o huaso, las distintas formas que esta se manifiesta en la realidad. Del acerado y duro corazón del hombre ciudadano baja una gracia que se trasluce hasta en el modo de hablar, flechante, agudo, desconfiado del roto, mientras el del campo: llano, reservado a veces, ingenuo, con su tono de voz cantada, con la impresión tan burda de las cosas como el de escupir en el suelo y no saber para qué sirve la

salivera; y llegar a decir que escupirá ese trasto si se lo siguen poniendo delante. Con agresividad el uno, desconfiado el otro, cada uno empleará una serena y medida actitud en sus manifestaciones cuando está «sano», y se desbordará hasta el éxtasis cuando traga ese vino que lo vuelve a un estado primitivo.

* * *

Como un concreto ejemplo de un humor moderado y sin, al parecer, tan trascendental, lo encontramos en los títulos que el chileno comerciante pone rangosamente en su minúsculo boliche o despacho. Y es allí elaborando el nombre varias noches entre sábanas, dando vueltas y revueltas el proyecto, que ajuste y precise y atraiga al público. Hasta que al fin, después de madurado ajeteo interior, logra sintetizar todas las ideas reunidas en el nombre que eclécticamente signifique lo exacto y definitivo. Buscando la gracia de los nombres de almacenes, despachos, carnicerías, el subscripto fué hasta las oficinas donde podría encontrarlos. Pero ni los impuestos que pagan en las municipalidades, ni en la central de marcas e inventos en los ministerios se puede lograr dato alguno, porque sólo está el número de la patente sin dejar el nombre. Esto da ocasión para que el experto y el cuidadoso del folklore logre una completa y extensa compilación que rescata el aspecto del ingenio popular que no ha sido tomado hasta hoy día en este sentido.

Me remito de inmediato a lo que he observado: así tenemos una carnicería que se llamará «el buey lacho» (enamorado) en recordación seguramente de algún ex toro que quería continuar sus aventuras terrenales en genífera posición. Otra carnicería tendrá el nombre de la «ingratitud» ingratitud que hace pensar en la de los clientes al carnicero porque no le pagan o en la de éste para con los pobres animales que reciben de él tan despiadada mala suerte. El «amigo del pobre» nos impresiona por sus precios que deben ser baratos. «La ametralladora» para

ametrallar a seguros deudores. O la comentada parodia de nombres como «Verdún» por la matanza en ese lugar en la Gran Guerra. Aquéllas otras carnicerías que recuerdan a frases de amores o cosas por el estilo: «la inolvidable», «la no me olvides», la «yo te quiero», etc. Nombres de menos ingenio que son recuerdos de hechos y tienen un carácter meramente personal: «la regalona», «el chillancito», «las tres diucas», «aquí estoy yo», «el apetito», «el plato bajo», «el chincolito», «el jardín de San Pedro», «el aterrizaje», «el parelé», «la esperanza del pueblo», «despacito por las piedras», «el tropezón», «la miniatura», «la unión sin rival», «la santajuanina», «la costilla», «la esquina verde», «las puertas anchas», «el chueco Roberto», «el pobre diablo», «el roto pampino», «el ocho», «el chiquito», «el buen gusto», «la ganga», «la sin bombo», «la viñita», «el tío cuadra», «la pirula», etc. etc. Entre las vinerías, bares, restaurantes y botillerías encontramos títulos que también se prestan a graciosas interpretaciones: se llamará «el gorgorito» una, o «el poético de las tinajas encantadas», cuyo encanto se encuentra no en la tinaja misma sino en lo que contiene. «La damajuana tricolor» tendrá de apelativo otra vinería y pomposamente un boliche en el camino, por estar a la salida de una curva se llamará «de repente», o el bar «venga otra vez», dirá a las claras la buena intención de los dueños y el presumible deseo de los clientes por regresar. Habrán nombres en que la historia no ande distante o intervenga para la eficaz ilustración de algunos: «el San Martín de a pie», «Carrera a sus órdenes», «el valiente O'Higgins» y «el roto Rodríguez». Otros nombres de bares: «la chicha y el huaso», «el buen decálitro», «la pitarrilla lotina», «las cubas de oro», «los cuatro vientos», salón de refrescos cuyo nombre es toda una atracción. El famoso «quitapenas» cerca del cementerio, «el loro borracho», «el roto niño», «el poncho verde», «el chancacazo», «los pajaritos cantores», «el pat'e combo», «las cachás grandes», «el huaso entonao», «la posada misteriosa», o «el restorán sin nombre», «el entretenido», «la perdiz choca», «el

apenado», «el barril sin fondo», «la tarasca», «la mosca golosa», y multitud de nombres en todos los lugares del país componen el conjunto de títulos en donde la gracia suele estar en ese acento achilenado que le ponen. Mientras en la ciudad la generalidad de los nombres son imitación de algún suceso conocido o de actualidad, en los campos y otros lugares reviste un tono de más imaginación con eufemismos y cierta fanfarronería pueblerina que hace aparecer el local con un título que mueve a la risa.

Los campesinos llamarán a una casa en donde las características de las niñas son los ojos claros y se llamará «el palacio de cristal», en contraposición a otros donde la rudeza es la cualidad llamativa: «las peras yeguas». «La casita de las muñecas» con el contrario de «las chercanas viejas». Estos nombres tan precisos y con tanta crudeza nos informan que el espíritu nacional en la cuestión de nombres y sobrenombres no se queda en chicas y es principalmente en la época del colegio cuando el niño chileno se adiestra en esta forma atrevida y desde cierto punto ingeniosa del apodo que les da a los nombres y a las cosas. En la ciudad los apelativos de los locales de negocios son en general de carácter casual. El dueño pone poco interés y sólo trata de colocar nombres de moda: llamará «los tres chanchitos», «quién le tiene miedo al lobo», «la bella durmiente», «el león de Tarapacá», «el ratón Pérez», «Plaza sólo», «los siete enanitos», «el séptimo cielo», «el rancho chico», «el Almirante Latorre», etc.

También los santos comprenden un grupo abundante en los nombres: así Santa Catalina, San Pedro, etc. cuyo valor humorístico está en el contraste ya sea de su porte o de la clase de local de que se trata.

Los salones de baile o de divertimento se llamarán «el para todos» o el onomatopéyico «tué-tué». «La piedra del tope» adonde llegarán seguramente todos los noctámbulos. «El sacapicas» para sacar, es lo probable, los dineros. «El rasquido», en cuya filarmónica pista las parejas estarán en relación con el nombre: «pim-pim», «la llapa», en cuyo salón a que es llapa se

bailará hasta el amanecer. «La posada azul», que tiene de azul nada más que el cielo que de ahí se divisa. «Cachupín», «la perla del Pacífico», que es un modesto barracón con ramadas. «El encanto de la paloma» o «la favorita de los canillitas». «El buen gusto» que será también de los que asisten. «El pollo gordo» sin mayor comentario para un «pollo flaco». «El gato diurno», en oposición al ya mundialmente conocido «gato negro», etc. Además hay que hablar de la peluquería «el pocos pelos», del mercadito «tuyo y mío», de la verdulería «la chacra de mi tía», del Almacén «el urgente», del «kilo grande» y del «gallito entumido»; del almacén de compra y venta al por mayor y menor «Callaíto el loro». Del boliche surtido «el arca de Noé», de la cafetería «la taza popular» o del hotel «las noches de Colón», cuyo sólo título nos hace viajar en la sombra de una nueva América para descubrirla, y por último tendremos que referirnos a aquel almacencito puesto en todos los caminos y que lleva en forma anónima y desinteresada el serio y medido nombre de «las tres esquinas», siendo que honradamente no hay ninguna fuera de la única esquina que sea la propia voluntad del viajero para encontrar en esta imaginaria esquina que es el almacén, y si llega a comprar las otras dos.